

La Estrellita que se cayó del Cielo

Carlos Li Vargas-Machuca



La estrellita que se cayó del cielo

Carlos Li Vargas-Machuca
Ilustrado por Marco A. Cerrón

Título original: *La estrellita que se cayó del cielo*
Autor: *Carlos Li Vargas Machuca*
carloseli@hotmail.com
SafeCreative: Carlos Li Vargas Machuca, 2016
Código de Registro: 1609209236846

Fecha de registro: 20-sep-2016 19:25 UTC

Ilustración: *Marco A. Cerrón Duque*
Edición y maquetación: *Marco A. Cerrón Duque*
marcoacerron@gmail.com

Licencia: Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra propiedad intelectual.





Como todas las noches, Lúmina brillaba resplandeciente junto a las demás estrellas en lo alto del firmamento.

Centelleaba feliz y despreocupada, cuando cierta noche de verano, durante una turbulenta tormenta, Lúmina perdió el equilibrio y se cayó del cielo



Desesperada por volver, la asustada estrellita saltó repetidas veces tratando de alcanzar el cielo, pero por más que lo intentó no logró ni siquiera acercarse lo más mínimo a él.

Tras muchos intentos y cansada de tanto brincar y brincar, Lúmina se dio por vencida y, muy triste, soltó en llanto.

En eso, una cacatúa, atraída por el lamento de la estrellita, decidió acercarse para ver qué era lo que sucedía.

—¿Qué ocurre estrellita?

—preguntó la cacatúa desconcertada—. ¿Por qué estás llorando?

La estrellita le contó a la cacatúa que se había caído del cielo y que si no volvía dentro del lapso de un día, perdería su luz y nunca más volvería a brillar.





La cacatúa preocupada por la terrible desgracia de la estrellita, se sentó a su lado y se puso a pensar en cómo ayudarla.

—¡Ya lo tengo! —dijo la cacatúa, levantando sus dos alas—. Construiré un subibaja con el cual te impulsaré tan fuerte que regresarás al cielo en un santiamén.

La estrellita no hizo más que ponerse muy contenta con la genial idea que había tenido la cacatúa. Aun así, se encontraba algo escéptica y dudaba que pudiera construirla en tan poco tiempo.

La cacatúa sin perder tiempo se puso manos a la obra y comenzó a construir el prometedor subibaja. Trabajó sin descansar durante varias horas hasta que finalmente hubo terminado.



—¡Está listo! —dijo la cacatúa.

Lúmina agradeció el dedicado trabajo de a su ahora amiga la cacatúa y, dándose mucha prisa, se sentó en un extremo del subibaja. Entonces la cacatúa, dando un gran salto sobre el otro extremo, impulsó a la estrellita tan alto que tras unos segundos la hubo perdido de vista.





Ambos amigos pensaron que lo habían logrado, que la estrellita por fin alcanzaría el cielo, pero de pronto Lúmina dejó de ascender y comenzó a venirse en picada hasta darse de bruces contra la dura tierra. El impulso no había sido lo suficientemente fuerte y por tanto la idea del subibaja había fracasado.

—No te preocupes —consoló la cacatúa a la estrellita—, se me ha ocurrido otra estupenda idea que hará que vuelvas al cielo en un abrir y cerrar de ojos. En eso, la cacatúa alzó el vuelo y pronto desapareció.

Tras varias horas sin saber nada de su plumífera amiga, Lúmina comenzó a inquietarse y a pensar en que a lo mejor no volvería. Sin embargo, cuando ella menos se lo esperaba, la versátil cacatúa apareció de pronto trayendo consigo enormes globos multicolores que tuvo que atar a un pesado ladrillo para que éstos no escaparan al vuelo.

—Ahora sí que podrás volver al cielo —dijo la cacatúa, entregándole a la estrellita todos los globos.



—No lo entiendo, cacatúa —dijo la estrellita, rascándose con una mano la cabeza—, ¿cómo se supone que estos globos me ayudarán a volver al cielo?

—Eso es muy fácil de averiguar —dijo la cacatúa. —Tú sólo deshazte del ladrillo y verás.

Lúmina desató los globos del ladrillo y, casi sin darse cuenta, empezó a elevarse como la misma espuma. Los enormes globos volaban con gran ligereza en dirección al cielo y con ellos la entusiasmada estrellita.





Ya casi se cumplía el plazo de un día desde que Lúmina se había caído del cielo y si no lograba volver lo antes posible su brillante luz se apagaría para siempre. Mientras tanto, la insistente cacatúa caminaba de un lado hacia el otro pensando y pensando sin darse por vencida.

Pero entonces algo inesperado sucedió. Una bandada de entrometidos cuervos se aproximó dando de picotazos y pinchando así cada uno de los globos. Una vez más la estrellita cayó al suelo sintiéndose muy desilusionada.





—¡Pero por supuesto, cómo no se me ocurrió antes! —gritó la cacatúa, dando un pequeño salto.

Entonces la cacatúa empezó a arrancarse las plumas una por una hasta acumular una gran pila de ellas sobre el suelo. Lúmina la miraba muy inquieta y hasta algo alarmada.





Pero cuando se dio cuenta de lo que su amiga la cacatúa se proponía hacer con todo ese montón de plumas, una gran sonrisa se le dibujo en el rostro.

La audaz cacatúa había confeccionado unas hermosas alas. Eran las alas más suaves y ligeras que Lúmina había visto en su vida. La cacatúa se las colocó en la espalda y acto seguido le enseñó cómo debía de usarlas.

Apenas faltando pocos minutos para que el día llegara a su fin, la estrellita, agitando sus nuevas alas, ascendió tan alto que finalmente pudo alcanzar el cielo y así reunirse junto a las demás estrellas.

